

Tigana

Guy Gavriel Kay

Traducción:
Teófilo de Lozoya



Libros publicados de Guy Gavriel Kay

1. Los Leones de Al-Rassan

2. Tigana

PRÓXIMAMENTE

3. Ysabel

Título original: *Tigana*
Primera edición

© Guy Gavriel Kay, 1990

Ilustración de cubierta: Leonard Telesca

Traducción cedida por SCYLA EDITORES, S. A.

Derechos exclusivos de la edición en español:
© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-540-0 Depósito legal: B-891-2010

Impreso por Liberdúplex S. L. U.
(Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A mis hermanos, Jeffrey y Rex

Agradecimientos

Muchas han sido las personas que me prestaron su apoyo y conocimientos, imprescindibles para la realización de esta obra, y yo tengo ahora el placer de expresarles públicamente mi agradecimiento por la ayuda recibida. Sue Reynolds confeccionó una vez más para nosotros un mapa utilísimo, pues no solo refleja el desarrollo de los acontecimientos relatados, sino que además sirve de guía al lector para seguir el hilo de la historia. Rex Kay y Neil Randall pusieron a mi disposición su entusiasmo y sus sabios comentarios desde los estadios más incipientes de la novela hasta su definitiva conclusión. Vaya para ambos el recuerdo de mi más profunda gratitud.

Estoy en deuda asimismo con la erudición de muchas otras personas, pero particularmente agradable me resulta señalar aquí mi admiración por el libro *Las Batallas Nocturnas* (Benandanti), de Carlo Ginzburg. De estímulo y enseñanza me han servido también las obras, entre otras, de Gene Brucker, Lauro Martines, Jacob Burckhardt, Iris Origo y Joseph Huizinga. En este mismo sentido, desearía también expresar mi agradecimiento a la memoria de los hombres por quienes siempre he sentido el mayor respeto, y en cuyas obras y fuentes de inspiración hallé en todo momento una guía magnífica para la realización de mis novelas. Me refiero a Joseph Campbell y Robert Graves.

Finalmente, y aunque suene a pura rutina el hecho de mencionar la ayuda prestada por el cónyuge a la hora de componer un libro, no puedo dejar de expresar mi gratitud y mi amor a mi esposa, Laura, por el apoyo y los consejos que me ofreció, tanto en Toscana como en nuestro propio país durante el período de gestación de esta novela, TIGANA.

ÍNDICE

Prólogo	13
Primera parte: Un cuchillo en el corazón	17
Capítulo 1	19
Capítulo 2	27
Capítulo 3	47
Capítulo 4	59
Capítulo 5	85
Capítulo 6	107
Segunda parte: Dianora	131
Capítulo 7	133
Capítulo 8	169
Tercera parte: Rescoldo a rescoldo	203
Capítulo 9	205
Capítulo 10	243
Capítulo 11	261
Capítulo 12	287
Cuarta parte: El precio de la sangre	305
Capítulo 13	307
Capítulo 14	327
Capítulo 15	347
Capítulo 16	373
Quinta parte: El recuerdo de una llama	399
Capítulo 17	401
Capítulo 18	427
Capítulo 19	449
Capítulo 20	465
Epílogo	497

Nota sobre la pronunciación de ciertos vocablos utilizados en la obra

Para que sirva de ayuda a aquellos a quienes les importan esta clase de detalles, tal vez valga la pena comentar que la mayoría de los nombres propios que aparecen en la novela deberían pronunciarse conforme a las reglas de la ortografía y la fonética del italiano. Así, por ejemplo, las palabras son siempre llanas, a menos que lleven acento sobre la última sílaba. Por otra parte, «ch» tiene siempre un sonido duro cuando acompaña a la «e», sonando como «qu», esto es, Chiara ha de pronunciarse Quiara; en cambio la «c» delante de «i» o «e» sonará siempre como nuestra «ch»; la «g» delante de estas mismas vocales se pronunciará «y», etcétera.

Todo lo que más amas, sin tardanza has de dejar; y es esta la primera flecha que el arco del destierro lanza. Tú probarás cuán amargo es el pan de otros, y cuán duro es el arte de subir y bajar por su escalera.

Dante, *Paraíso*

¿Qué puede recordar una llama? Si recuerda un poco menos de lo necesario, se apaga. Si recuerda un poco más de lo necesario, se apaga. ¡Si pudiera enseñarnos, cuando arde, a recordar con precisión!

Yorgos Seferis, «El marinero Stratis define al hombre»



Ygrath

Khardhun

península de la Palma

Barbador

isla de Fársaro

Chiara Sangario

Senzio

Asoli

Archipiélago

Golfo de Corte

Ferraut

Astibar

Corso

Giorone

Borifott

Ardin

Corte

Tregia

Certando

rio Sperion

rio Deisa

Sinave

Ortiz

Casadel

Cortela Baja

Forsee

Castelborso

santuario de Eanna

Stevania

montañas Parravi

montañas Sfaroni

montañas Braccio



Quilea



Prólogo

Las dos lunas estaban en su cenit, oscureciendo con su luz la de todos los demás astros, excepto los luminares más brillantes. Las fogatas ardían a ambos márgenes del río hasta perderse de vista en la oscuridad de la noche. La mansa corriente del Deisa acogía el reflejo de ambas lunas y el de los fuegos cercanos, repitiéndolos una y otra vez en el sinuoso movimiento de sus ondas. Todos los puntos de luz confluían en sus ojos, en el lugar que ocupaba a la vera del agua, sentado con las manos cruzadas en torno a las rodillas, mientras pensaba en la muerte y en la vida que había llevado hasta entonces.

Qué noche más maravillosa, pensó Saevar, aspirando una profunda bocanada del tibio aire estival, en el que se mezclaba el olor del río con el de las plantas acuáticas y la hierba, mientras contemplaba en las ondas el brillo azulado de una luna y el argentino de la otra, oyendo el murmullo de la corriente del Deisa y los cantos distantes de los hombres en torno a las fogatas. También desde el otro lado del río venía el eco de las canciones, según pudo comprobar prestando atención por un instante a las voces de los soldados enemigos acampados al norte. Era curioso que le costara tanto trabajo atribuir un sentido inequívocamente maléfico a aquellas voces armoniosas, o hacerlas blanco de su odio, como cabría esperar de un buen militar. Pero no, en realidad él no era un soldado. Nunca había sido capaz de odiar a nadie.

Lo cierto era que no podía distinguir los movimientos de las figuras situadas en la otra orilla del río, pero en cambio sí que veía los fuegos y por ellos no era difícil calcular que el número de los soldados acampados en la ribera septentrional del Deisa era muy superior al de los que se hallaban detrás de él, donde su pueblo aguardaba la llegada de la aurora.

Casi con toda seguridad iba a ser la última que contemplaran. No cabía hacerse ilusiones; ninguno de los suyos se las hacía. Al menos desde que había tenido lugar la batalla a orillas de aquel mismo río cinco días antes. Lo único que poseían era valor y un caudillo cuya ardorosa gallardía era casi igualada por la de los dos hijos que lo acompañaban.

Ambos eran unos muchachos hermosísimos. Saevar lamentó no haber tenido ocasión de esculpir el retrato de ninguno de ellos. Al príncipe sí, por supuesto, al príncipe lo había retratado en varias ocasiones, e incluso este lo llamaba su amigo. No cabía decir, pensó Saevar, que su vida hubiera sido inútil o vacía. Había tenido su arte, el placer que este le había proporcionado y el acicate que siempre había supuesto; además, había

vivido lo suficiente para oírlo ponderar por los grandes personajes de su provincia y hasta por los más nobles de la península entera.

Había conocido asimismo el amor. Pensó en su esposa y en sus dos hijos; los ojos de la niña le habían hecho entender en buena medida cuál era el sentido de la vida el mismo día de su nacimiento. En cuanto al muchacho, aún era demasiado joven y por un año no había podido acompañarlo al campo de batalla. Saevar rememoró la expresión del rostro del muchacho al despedirse. El mismo aspecto, pensó, debía de ofrecer el suyo. Dio un beso a las dos criaturas y luego estrechó en sus brazos a su esposa durante largo rato, sin pronunciar palabra. Ya habían tenido ocasiones de sobra para decírselo todo en tantos años de convivencia. Volvió, pues, la espalda a todos ellos para que no pudieran ver sus lágrimas y se alejó definitivamente. Lo más curioso fue que, al montar en su cabalgadura, se enredó con la espada que llevaba al cinto. Marchó así en compañía de su príncipe a hacer la guerra a aquel enemigo venido desde el otro confín de los mares.

Escuchó unos pasos a sus espaldas, procedentes del lugar en el que ardían las fogatas. A lo lejos se oía la melodía que entonaban unos hombres acompañándose de una syrenya.

—¡Cuidado! —exclamó amablemente—. Supongo que no pretenderás pisotear a un pobre escultor.

—Saevar, ¿eres tú? —le respondió una voz amistosa. ¡Qué bien conocía aquella voz!

—Sí, mi príncipe —replicó—. ¿Has visto alguna vez una noche tan hermosa?

Valentín se acercó —había luz suficiente para distinguir las facciones de su rostro— y se tumbó a su lado sobre la mullida grama.

—No, desde luego —contestó este—. ¿Te has fijado? El creciente de Vidomni iguala al menguante de Ilarion. Los cuartos de ambos astros podrían juntarse y formar una única luna llena.

—Rara luna sería esa —comentó el escultor.

—¡Qué noche más extraña!

—¿De veras? ¿Va a cambiar la noche solo porque así lo exigieran las obras de los hombres? ¿Debido a la locura de unos simples mortales?

—Ha cambiado la forma en que la vemos —respondió suavemente Valentín dejándose arrastrar por esa idea—. La belleza que adjudicamos a la noche depende, en parte al menos, de lo que sabemos que ha de traer consigo el día siguiente.

—¿Y qué nos va a traer, señor? —inquirió Saevar, incapaz de contenerse; se sorprendió a sí mismo esperando, como si fuera un niño, que aquel príncipe suyo de oscura cabellera, dechado de gallardía y orgullo, tuviera una respuesta para el enigma que les aguardaba al otro lado del río.

Una respuesta a todas aquellas voces que hablaban en ygrathio, a todos los fuegos enemigos que ardían frente a ellos. Una respuesta, ante todo, al temible rey de Ygrath y su hechicería, a la saña que descargaría contra ellos al día siguiente sin apenas esfuerzo.

Valentín callaba, con la mirada perdida en la corriente. Por encima de sus cabezas, Saevar vio caer una estrella que cruzando el cielo fue a hundirse por poniente, probablemente en las profundidades del mar. Empezaba a lamentar haber formulado aquella pregunta. No era el momento de echar sobre los hombros del príncipe una carga de falsas convicciones. Bastante tenía ya que aguantar el desdichado.

Cuando estaba a punto de disculparse, Valentín habló. Su voz sonaba mesurada y grave, como si deseara que no trascendiera de aquel pequeño círculo en tinieblas.

—Me he pasado la noche yendo y viniendo entre las hogueras, igual que Corsín y Loredán, con el único fin de llevar a los hombres un poco de consuelo y esperanza; de contagiarles, en una palabra, un mínimo de alegría y buen humor que les permita conciliar el sueño. No puedo hacer nada más.

—¡Qué buenos muchachos son los dos! —comentó Saevar por darle ánimos—. Hace un minuto pensaba que nunca llegué a esculpir sus retratos.

—Es una lástima, en efecto —repuso Valentín—. Si hay algo que perdure, que vaya más allá de nuestra desaparición, será tu arte. Nuestros libros, nuestra música, el verde de Orsaria y las torres de Avalor... —Hizo una breve pausa y volvió a su primitiva idea—. Sí, son unos muchachos muy valerosos. Y eso que solo tienen dieciséis y diecinueve años... De haber podido, los habría dejado en la retaguardia en compañía de su hermano... y de tu hijo.

Esa era una de las razones que lo obligaban a sentir afecto por él: Valentín era capaz de acordarse de su hijo al mismo tiempo que pensaba en el menor de los príncipes. Y eso a pesar del crítico momento por el que atravesaban. De improviso, a su espalda, procedente de la zona en la que ardían las hogueras, se oyó el canto de una trialla. Los dos hombres guardaron silencio para escuchar aquellos trinos tan delicados. Saevar sintió de pronto su corazón henchido de emoción. Por un momento temió incluso que fueran a saltársele las lágrimas y que hubiera luego de avergonzarse por ello, pues quizás alguno las atribuyera al miedo. Valentín continuó hablando:

—Entre unas cosas y otras, lo cierto es que aún no he respondido a tu pregunta, viejo amigo. La verdad parece más fácil aquí, en la sombra, lejos de las fogatas y el desamparo que he visto en torno a ellas. Lo siento, Saevar, pero seguramente casi toda la sangre que se vierta al amanecer será nuestra. Mucho me temo incluso que sea solo nuestra. Perdóname.

—Nada hay que perdonar —replicó el escultor. Y, dando a sus palabras la mayor fuerza posible, agregó—: No es una guerra que tú hayas provocado; y tampoco podías evitarla ni acabar con ella. Mi pregunta estaba de más. Yo mismo podía imaginarme la respuesta, señor. No tengo más que ver las fogatas de ahí enfrente.

—Y la hechicería —añadió Valentín sin alterarse—. Eso pesa aún más que el número de las fogatas. Habríamos sido capaces de superar a unas fuerzas incluso más cuantiosas, exhaustos y heridos como estamos tras la batalla de la semana pasada. Pero la magia de Brandín está de su parte. Es al propio león al que ahora nos enfrentamos, no a su cachorro. La muerte de la cría hace que el padre quiera aún más sangre para enrojecer el sol del amanecer. ¿Debería haberme rendido la semana pasada? ¿Debería haberme entregado a ese muchacho?

Saevar dirigió su mirada hacia el príncipe, como incapaz de dar crédito a sus oídos. Por un instante permaneció mudo, sin saber qué decir, pero al fin halló fuerzas para responder.

—De haberlo hecho, yo habría vuelto a casa y, entrando en el Palacio del Mar, habría destruido cuantas estatuas tuyas salieron de mi cincel.

En ese instante se oyó un ruido extraño. A Saevar le costó trabajo reconocer la risa de Valentín, pues no le había oído nunca reír de esa manera.

—¡Oh, amigo mío! —replicó al fin el príncipe—. Debería haber supuesto que dirías algo parecido. ¡Oh, qué orgullo el nuestro! ¡Qué orgullo tan terrible! ¿Crees que ese será el principal recuerdo que quede de nosotros, cuando hayamos partido?

—Tal vez —dijo Saevar—. Lo cierto es que de un modo u otro nos recordarán. Lo único que sabemos con certeza es que guardarán memoria de nosotros. Aquí, en la península de la Palma, y en Ygrath y en Quilea. Incluso en occidente, allende los mares, en Barbador y en todo su imperio, pervivirá nuestro nombre.

—Y también pervivirán nuestros descendientes —añadió Valentín—. Los jóvenes, los hijos que nos recordarán. Nuestras viudas y ancianos les contarán, cuando alcancen la edad de saberlo, la historia del río Deisa, la historia de lo que aquí sucedió y, lo que es más importante, qué es lo que fue esta provincia antes de nuestra ruina. Puede que Brandín de Ygrath nos destruya mañana, tal vez asole nuestro país, pero no podrá borrar nuestro nombre ni la memoria de lo que fuimos.

—No, no podrá —repitió el escultor sintiendo que en su ser renacía, cuando no lo esperaba, un extraño vigor—. Estoy seguro de que tienes razón. No seremos la última generación de hombres libres. Habrá oleadas y oleadas de días por venir, que arrastrarán consigo años y años. Los hijos de nuestros hijos nos recordarán, y no se someterán al yugo.

—Y, si alguno tuviera tales inclinaciones —prosiguió Valentín en otro tono—, serán los hijos o los nietos de cierto escultor quienes se encarguen de derribar sus bustos, aunque sean de piedra.

Saevar sonrió en la oscuridad. Deseaba reír abiertamente, pero no era capaz.

—Eso espero, señor, si las diosas y los dioses aún lo permiten. Gracias, gracias por tus palabras.

—No hay de qué, Saevar. Entre nosotros no hacen falta los cumplidos, y menos esta noche. La Tríada te proteja y te guarde mañana y siempre; y proteja también a cuantos has amado.

Saevar tragó saliva.

—Sabes que eres uno de ellos, mi señor. Uno de los que más he amado.

Valentín no respondió. Solo al cabo de un instante se inclinó hacia el escultor y depositó un beso sobre su frente. Acto seguido levantó una mano y Saevar, los ojos arrasados en lágrimas, imitó su gesto.

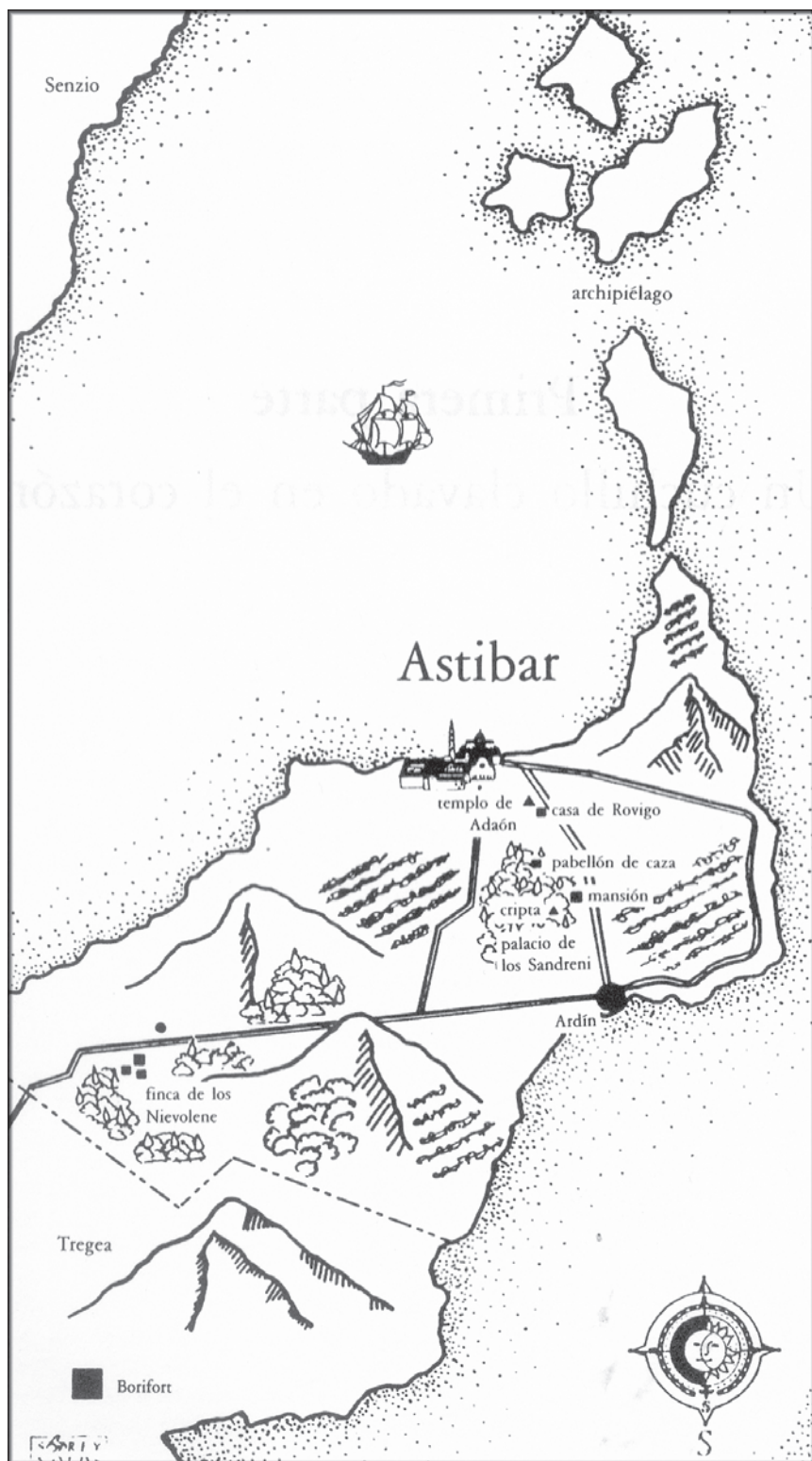
Las palmas de ambas manos se tocaron con ternura en señal de despedida. Valentín se puso en pie y regresó a las fogatas de su ejército, proyectando una larga sombra sobre el prado iluminado por las lunas.

Parecía que los cantos se habían interrumpido a ambos lados del río. Era muy tarde.

Saevar comprendía que también él debía regresar al campamento e intentar dormir unas cuantas horas. No obstante, le costaba trabajo levantarse, abandonar aquel lugar tan plácido, y renunciar a la perfecta belleza de aquella última noche suya. Renunciar a contemplar el río, las dos lunas, la bóveda estrellada, las luciérnagas y todas aquellas luces.

Al final decidió quedarse junto al agua. Permaneció allí sentado, en la noche estival, a orillas del río Deisa, con sus robustas manos en torno a las rodillas. Contempló como se ponían las dos lunas y como poco a poco se iban apagando las fogatas. Pensó en su esposa, en sus hijos y en la obra viva salida de sus manos, en todo lo que dejaría tras de sí. Y la trialla cantó para él hasta que acabó la noche.

Primera parte
Un cuchillo clavado en el corazón



1

Un día de la otoñal estación del vino, llegó a la capital, abriéndose paso entre los cipreses, olivos y viñas cargadas de racimos que aislaban su finca del mundo exterior, el rumor de que Sandre, duque de Astíbar, otrora señor de la ciudad y la provincia entera, había exhalado el último suspiro, poniendo fin con su muerte a un largo exilio.

Al fallecer no había a su lado ni un solo servidor de la Tríada que cantase en su honor los sacros rituales. No lo asistieron en su última hora ni los sacerdotes de Eanna, con sus blancas túnicas, ni los de la tenebrosa Moriana de las Puertas, ni las sacerdotisas de Adaón, el dios.

En la ciudad de Astíbar no causó la menor sorpresa la noticia de la muerte del duque, y mucho menos todo lo relativo a las circunstancias que la acompañaron. El encono demostrado por Sandre contra la Tríada y su clero durante los últimos dieciocho años, esto es, durante todo el tiempo pasado en el destierro, era naturalmente del dominio público. Por lo demás, Sandre d’Astíbar no se había abstenido nunca de proclamar su impiedad, y menos aun en los días en los que había poseído el poder.

La capital rebosaba de gente, venida desde los rincones más apartados de la distrada, y aun de más lejos, a celebrar la Fiesta de la Vendimia, que había de comenzar el día siguiente. En las tabernas y los salones de khav atestados de público, la gente trocaba verdades y mentiras en torno a la vida y milagros del antiguo duque, como si de lana o especias se tratara; lo de menos era que no lo hubiesen visto de cerca en su vida, o que en los días de su poderío más de uno hubiera palidecido de terror al recibir el requerimiento urgente de presentarse en el palacio ducal.

Durante todos los días de su vida, el duque Sandre había dado lugar a infinitas habladurías y conjeturas entre los habitantes de la península conocida como de la Palma, y en nada venía a alterar tal circunstancia el hecho de su muerte, pese a haber sido desterrado a la distrada dieciocho años antes, cuando Alberico de Barbadior llegó de su imperio ultramarino con un ejército imponente y lo derrotó. Una potencia puede llegar a desaparecer, pero su memoria perdura.

Tal vez por eso, y también, seguramente, debido a la cautela de que siempre había hecho gala en todas las medidas adoptadas, Alberico, que tenía férreamente sujetas a cuatro de las nueve provincias de la península, y que competía con Brandín de Ygrath por el dominio de la novena, optó por comportarse ante la novedad con el más absoluto respeto al protocolo.

El mismo día de la muerte del duque, a mediodía aproximadamente, se vio salir de la ciudad a galope tendido por la puerta de Levante a un mensajero del propio Alberico. En la diestra blandía el pendón de luto, de color azul plata, y sin duda llevaba el encargo de transmitir una fórmula de condolencia, cuidadosamente escogida, a los hijos y nietos de Sandre, reunidos en su finca rústica, a más de una legua de la ciudad.

En el Pelión, el salón de khav en el que solía reunirse por entonces la gente más ingeniosa de la ciudad, alguien comentó cínicamente que el tirano habría debido enviar una compañía entera de sus esbirros... Si los Sandreni que quedaban vivos no hubieran sido, como en efecto eran, una pandilla de poltrones. Aún no se había extinguido por completo la reacción de hilaridad provocada por el comentario, en la que a la cautela se mezclaba la atención a los posibles espías presentes en el local, cuando un músico ambulante —aquella semana los había a centenares en Astíbar— aprovechó para apostar todas las ganancias que pensaba obtener durante los próximos tres días a que, antes de que acabaran las fiestas, habría llegado un mensaje de pésame en verso desde la isla de Chiara.

—La ocasión es demasiado buena para no aprovecharla —explicó el desconocido blandiendo una humeante jarra de khav mezclado con alguno de los más de doce licores distintos que se exhibían, cuidadosamente dispuestos, en el mostrador del Pelión—. Brandín no permitirá que se le escape la oportunidad de recordar a Alberico, y de paso a todos nosotros, que, pese a haberse repartido equitativamente entre los dos la totalidad de nuestra península, la balanza se inclina más bien hacia occidente, y en concreto hacia Chiara, en lo que a la cultura, el arte y la ciencia se refiere. Fijaos bien en lo que os digo, y el que quiera, que apueste: antes de que aquí en Astíbar cesen las músicas de la fiesta, tendremos que devanarnos los sesos para desentrañar el sentido de alguna copla rimada a golpe de martillo por el pesado de Doarde, o de algún estúpido acróstico de Camena, en el que el nombre de «Sandre» salga más de seis veces, y todas de forma distinta, lo mismo del derecho que del revés.

Todo el mundo se echó a reír, aunque, eso sí, guardando siempre las apariencias, pese a ser la víspera de las fiestas, fecha en la que, según una tradición respetada ladinamente por Alberico de Barbador, estaban permitidos más excesos de lo habitual. Algunos individuos dotados para los números hicieron un rápido cálculo de las ganancias obtenidas durante la temporada de pesca y de las oportunidades que ofrecían en otoño las costas de Senzio y las del archipiélago, y al cabo de un instante el músico vio cubierta su apuesta. Las cifras fueron cuidadosamente apuntadas en el tablón que había en la pared frontera del local, colgado justamente con ese fin, debido a la proverbial afición que había por el juego en la ciudad.

Pronto quedaron olvidadas las apuestas y las chanzas, cuando un sujeto tocado con una curiosa gorra en la que destacaba una vistosa pluma abrió la puerta del salón de khav reclamando la atención de la concurrencia. Por si no lo sabían dijo, el mensajero del tirano había regresado ya de su misión, pues algunos testigos lo habían visto entrar en la ciudad por la misma puerta por la que poco antes había salido. Según contó, su caballo corría a la vuelta más deprisa aún que a la ida, seguido a pocos kilómetros de distancia por el cortejo que acompañaba a los despojos del fallecido duque. Según su última voluntad, su cadáver debía ser expuesto con gran pompa durante esa noche y todo el día siguiente en la ciudad que antaño había gobernado.

La reacción del público que llenaba el Pelión no tardó en producirse, como era de prever. Los hombres se pusieron a vociferar de mala manera deseosos de hacerse oír a

toda costa, por encima del griterío que ellos mismos provocaban. El ruido, la política y los esperados placeres de la fiesta contribuían a despertar la sed de todos los presentes, pese a lo temprano de la hora. Tan redondo le estaba saliendo el negocio al dueño del local, que empezó a servir, presa de la agitación, unas generosísimas raciones de licor en los ponches de khav que la clientela le solicitaba. Su esposa, sin embargo, haciendo alarde de una curiosa imparcialidad, seguía escatimándolo y sirviendo las copas con una parquedad inmovible.

—¡Seguro que les hacen dar la vuelta! —exclamó a voz en grito Adreano, el joven poeta, al tiempo que derramaba su jarra de ponche sobre el oscuro tablero de roble que constituía la mesa más solicitada del local—. ¡Alberico nunca permitirá una cosa así!

Los amigos y gorriones que pululaban en torno a aquel lugar privilegiado lanzaron un rugido con el que venían a dar su aprobación al comentario. Adreano miró de soslayo al músico ambulante que había hecho aquella curiosa apuesta sobre la reacción de Brandín de Ygrath y su corte de poetas de Chiara. El sujeto, en cuyo rostro podía leerse la diversión que todo aquel revuelo provocaba, arqueó enigmáticamente las cejas y se repantigó en la silla que había tenido el descaro de acercarse a la mesa de los parroquianos sin encomendarse a nadie. Adreano se sentía ofendido por su actitud, aunque ignoraba si su disgusto se debía más a la afirmación aparentemente gratuita que el individuo aquel había hecho respecto a la supuesta preeminencia cultural de Chiara, o a la afrenta infligida en presencia de todos al gran Camella di Chiara, a quien Adreano llevaba imitando desde hacía varios meses tanto en la composición de sus versos como en el manto recogido en tres pliegues, que llevaba día y noche.

Adreano era lo bastante despierto para percibir la contradicción inherente a las dos posibles causas de su malhumor, pero también era muy joven y había tomado demasiados khavs reforzados con coñac de Senzio. Era imposible, pues, que su capacidad de percepción lograra vencer a la pasión que le ofuscaba la mente en aquellos momentos.

Sus ideas se centraron, por tanto, en el presuntuoso patán que tenía frente a sí. Era evidente que el sujeto aquel había venido hasta la ciudad para pasarse en ella tres o cuatro días rascando algún instrumento rústico a cambio de unos cuantos astinos que dilapidar luego en la fiesta. ¿Cómo se atrevía entonces semejante individuo a colarse de rondón en el salón de khav más elegante de toda la Palma Oriental y a asentar sus rústicas posaderas en una silla colocada junto a la mesa más buscada del local? Adreano aún guardaba dolorosa memoria del largo mes que le había costado a él —pese a haber publicado ya un volumen de versos— acercarse hasta allí, al principio con suma cautela, temblando íntimamente ante el eventual rechazo que su gesto pudiera suscitar, hasta que al fin se había visto admitido como miembro de pleno derecho del famoso y escogido círculo que se arrogaba la posesión de la mesa.

En su fuero interno estaba deseando que el músico se atreviera a contradecir sus opiniones: tenía ya preparado un finísimo epigrama en el que denostaba a aquella chusma nómada que osaba emitir juicios a tontas y a locas sobre quienes eran superiores a ella, y encima en su cara.

Como si con su gesto quisiera responder a esas ideas, el palurdo se arrellanó otra vez en su asiento, se rascó la cabeza prematuramente cubierta de canas y exclamó dirigiéndose al vate:

—Según parece, hoy es el día de las apuestas. Me juego todo lo que pueda ganar con la que acabo de hacer, a que Alberico es lo bastante cauto para no aguar la fiesta con una

prohibición. Hay en estos momentos demasiada gente reunida en Astíbar y los ánimos se hallan excesivamente caldeados... pese a lo escasas que son las raciones de licor que sirven en este local, sin el menor respeto a la clarividencia de sus clientes —apostilló haciendo un guiño, con el que pretendía suavizar la pulla que contenían sus palabras—. Al tirano le resulta más conveniente mostrarse generoso —prosiguió—. Seguro que prefiere exponer el cadáver de su viejo enemigo con toda la pompa y el ceremonial exigidos por la tradición, y quedarse tranquilo de una vez, dando gracias a los dioses que, según el antojo de su dichoso emperador de allende los mares, sus súbditos deban adorar últimamente. Bienvenidas sean gratitud y lisonjas, se dirá, seguro como está de que los capones que deja tras de sí el duque no tardarán en abandonar las ansias de libertad, tan pasadas de moda, por las que se batió Sandre antes de que Astíbar fuera castrada.

Al terminar su parlamento, sus labios ya no sonreían y sus ojos grises, desmesuradamente abiertos, rehuían la mirada de Adreano. Y por primera vez en aquel lugar se escucharon unas palabras verdaderamente peligrosas. Pese a ser pronunciadas con toda suavidad, llegaron perfectamente a los oídos de todos los presentes. De repente, aquel rincón del Pelión se convirtió en un curioso remanso de paz, que contrastaba con el escándalo reinante en el local. La coplilla jocosa de Adreano, compuesta mentalmente con tanta rapidez, sonaba ahora del todo trivial e improcedente incluso para él mismo. El poeta guardó, pues, silencio, mientras, para mayor sorpresa, su corazón se ponía a latir a toda velocidad. No sin esfuerzo, logró dominarse y mantener sus ojos fijos en los del músico, que añadió entonces mostrando de nuevo su irónica sonrisa:

—¿Nos apostamos algo, amigo?

Mientras hacía un rápido cálculo de los astinos que podría obtener sableando a unos cuantos amigos pudientes, Adreano respondió intentando ganar tiempo:

—¿Te importaría explicarnos cómo es que un patán de la distraída se juega tan alegremente el dinero que aún ha de llegarle, permitiéndose encima expresarse con tanta libertad sobre unos asuntos como estos?

La sonrisa de su interlocutor era tan radiante que dejaba ver la espléndida blancura de sus dientes.

—No soy ningún patán —protestó sin alterarse— ni procedo de esta distraída ni de ninguna otra. Soy, para que te enteres, un pastor nacido en las montañas de Tregia. Y atiende ahora a lo que voy a decirte —agregó, abarcando con su mirada de burla a todos los presentes—: un vellón de oveja te enseñará más acerca de los hombres de lo que muchos están dispuestos a admitir. En cuanto a las cabras... Bueno, las cabras harán de ti un filósofo mucho mejor que cualquier sacerdote de Moriana; sobre todo si, cuando estás en el monte apacentándolas, se te echa la noche encima y estalla una tormenta.

Toda la concurrencia prorrumpió en sonoras risotadas, satisfecha de ver como se relajaba la tensión. Adreano intentó en vano mantener su gesto de adusta reprensión.

—¿Nos apostamos algo? —volvió a decir el pastor, en tono amable y relajado.

Adreano se libró de dar respuesta a su requisitoria, y varios de sus amigos se ahorraron un montón de disgustos y no pocos astinos, debido a la irrupción, no menos tempestuosa que la del chismoso del sombrero de plumas, de Nerone el pintor.

—¡Alberico ha dado su permiso! —se puso a gritar, para que lo oyeran todos los presentes—. Acaba de decretar públicamente que el destierro de Sandre queda revocado con motivo de su fallecimiento. ¡El cadáver del duque será expuesto mañana por la mañana con toda la pompa en el viejo palacio de los Sandreni! Hace saber

además que se le rendirán las honras fúnebres de rigor, conforme a los nueve ritos. Bueno, eso... —Hizo una pausa para subrayar la solemnidad de sus palabras—. ¡Bueno, eso si el clero de la Tríada es llamado a palacio para cumplir con su cometido!

La envergadura de todo aquel asunto era sencillamente demasiado imponente para que Adreano perdiera el tiempo preocupándose por el mal papel que había hecho hasta entonces; por otra parte, los poetas jóvenes y extremadamente impetuosos suelen verse en trances parecidos cada dos o tres horas más o menos. Aquello, en cambio... ¡Aquello sí que era un acontecimiento! Sin saber cómo, su mirada fue a caer de nuevo en los ojos del pastor. La expresión de este era de absoluta calma y denotaba un profundo interés por todo lo que sucedía a su alrededor, pero, eso sí, no reflejaba la alegría del triunfo.

—En fin —comentó sacudiendo la cabeza con tristeza—. Supongo que el haber acertado en mis pronósticos me compensará de seguir siendo pobre. Mucho me temo que esa sea la historia de mi vida.

Adreano se echó a reír. Puso una de sus manos en los robustos hombros de Nerone, que había llegado sin aliento debido a la excitación, y le hizo un sitio en la mesa principal.

—¡Eanna nos bendiga a los dos! —exclamó—. Te has ahorrado más astinos de los que puedas llevar en la escarcela. Pensaba recurrir a ti para cubrir una apuesta que, a tenor de las noticias que traes, habría acabado perdiendo.

Por toda respuesta, Nerone echó mano de la jarra de khav a medio consumir de su amigo y la apuró de un trago. Miró a su alrededor con expresión risueña, mientras los demás, conocedores de las costumbres del artista, se apresuraban a proteger sus jarras. Moviendo cachazudamente su cabeza morena, el pastor de Tregia le ofreció la suya. Como dice el refrán, Nerone no miró el diente de aquel regalo que inesperadamente le venía y trasegó el contenido de la jarra sin rechistar. Una vez calmada su sed, musitó un gracias y punto.

Adreano percibió el intercambio de finezas, pero su mente seguía extraños derroteros que lo conducían a unas conclusiones totalmente imprevistas.

—Con esto acabas de confirmarnos una vez más —dijo al fin mirando a Nerone, aunque sus palabras iban dirigidas a toda la concurrencia— cuán sagaz es el hechicero barbado que nos gobierna. Por obra y gracia del decreto que acaba de publicar, Alberico ha logrado apretar aún más el dogal del que tiene sujeto al clero de la Tríada. Ha puesto unas condiciones perfectas al cumplimiento de la última voluntad del difunto duque. Los herederos de Sandre no tendrán más remedio que avenirse a todo... Bueno, tampoco puede decirse que no estén ya acostumbrados a todo tipo de avenencias. ¡Como que ya me estoy imaginando la cantidad de astinos que va a costarles calmar los ánimos de sacerdotes y sacerdotisas, y convencerlos de que traspasen mañana el umbral del palacio de los Sandreni! Alberico pasará a la historia como el hombre que logró reconciliar con la Tríada al duque de Astíbar, el renegado, después de su muerte.

Echó una mirada a los asistentes, excitado por la contundencia de su propio razonamiento.

—¡Por la sangre de Adaón! Me vienen a la memoria las intrigas de antaño, cuando las cosas se hacían con aquella sutileza exquisita. ¡Los engranajes ocultos tras las ruedas que guiaban los destinos de la península entera!

—Muy bien, de acuerdo —replicó el tregeo, al tiempo que se hacía más grave la expresión de su rostro—, tal vez sea esa la idea más inteligente que he escuchado en todo este derroche de palabrería. Pero dime una cosa —prosiguió, mientras el pobre Adreano

se hinchaba como un pavo—: si el proceder de Alberico ha traído a tu memoria, y puede que a la de otros muchos, aunque seguramente no con tanta rapidez como a la tuya, el modo en que se hacían las cosas antes de que sus naves llegaran a nuestras costas y conquistaran el país, y antes también de que Brandín se apoderara de Chiara y las provincias occidentales, ¿no es posible también —su voz era muy baja, como si sus palabras fueran dirigidas solo a los oídos del poeta en medio del escándalo reinante en el local—, no es posible, repito, que al final le hayan ganado la partida? ¿Y que precisamente haya sido un muerto el que se la ha ganado?

En torno a ellos, la gente se precipitaba a levantarse y a pagar sus consumiciones para salir cuanto antes a la calle, donde, al parecer, se estaban desarrollando a una velocidad inusitada unos acontecimientos cuya trascendencia era verdaderamente incalculable. La meta de todo el mundo era la puerta de Levante, por donde se esperaba que hiciera su entrada el cortejo fúnebre de Sandre. El duque regresaba a la ciudad al cabo de dieciocho años de destierro. Un cuarto de hora antes, Adreano habría sido uno de tantos, y estaría allí, envuelto en su manto de tres pliegues, corriendo hacia la muralla para coger buen sitio. Ahora, en cambio, era distinto. Ahora su cerebro intentaba seguir las razones del tregeo, que lo hacían deslizarse por aquel sendero desconocido, iluminándolo igual que una vela en medio de las tinieblas.

—Te das cuenta, ¿verdad? —murmuró su nuevo amigo.

Eran los únicos que quedaban en la mesa. Nerone se había entretenido un poco apurando los restos de ponche que habían dejado los demás en su afán por salir del local lo antes posible, pero no había tardado en seguirlos y en perderse entre la multitud que atestaba las calles iluminadas por un sol otoñal, por las que corría una ligera brisa.

—Creo que sí —respondió Adreano meditabundo—. Sandre sale vencedor perdiendo.

—Perdiendo una batalla que en realidad siempre lo tuvo sin cuidado —lo corrigió el otro, con sus ojos grises rebosando sagacidad—. Dudo mucho que el clero estuviera a su altura. No eran enemigos para él. Por sutil que sea Alberico, lo cierto es que ganó esta provincia, lo mismo que Ferraut, Tregia y Certando, gracias a sus ejércitos y a sus poderes de hechicero. Y es gracias a ellos que sigue manteniendo su poder sobre toda la Palma Oriental. Sandre d' Astíbar gobernó esta ciudad y su provincia durante veinticinco años, sobreviviendo a más de seis revueltas e intentos de asesinato, según tengo entendido. Y todo gracias a un puñado escaso de soldados no siempre leales, a su familia y a una astucia proverbial ya por entonces. ¿Qué te parecería si te dijera que anoche prohibió adrede que se acercaran a su lecho de muerte sacerdotes y sacerdotisas, con el solo propósito de inducir a Alberico a aprovechar dicha circunstancia para poder quedar hoy como un señor?

A Adreano no se le ocurría ninguna respuesta. Lo único que sabía era que sentía dentro de sí un entusiasmo y una excitación tales, que lo hacían dudar de si su deseo más acuciante era empuñar la espada o agarrar pluma y tintero y poner por escrito las palabras que empezaban a bullir en su interior.

—¿Qué crees que pasará? —preguntó al fin, con una humildad que habría dejado boquiabiertos a sus compañeros de tertulia.

—No estoy seguro —contestó el otro sinceramente—. Pero cada vez es más clara la sospecha que abriga de que la Fiesta de la Vendimia de este año quizá marque el inicio de algo que ninguno de nosotros se habría atrevido ni siquiera a soñar hace algún tiempo.

Por un instante dio la impresión de querer añadir algo más, pero guardó silencio. Es más, se levantó y, arrojando un puñado de monedas sobre la mesa en pago de la jarra de khav que había consumido, añadió:

—Tengo que irme. Es hora del ensayo. Formo parte de una compañía de músicos con los que no he tocado nunca hasta la fecha. La peste del año pasado causó estragos entre los músicos ambulantes... Por eso me he tomado un descanso y he dejado a las cabras solas una temporada...

Hizo un guiño y, tras echar un vistazo al tablón de las apuestas colgado en la pared, comentó:

—Di a tus amigos que, antes de que se ponga el sol dentro de tres días, estaré aquí de nuevo para saldar cuentas por lo del pésame en verso que ha de venir de Chiara. De momento, adiós.

—Adiós —respondió Adreano con aire meditabundo, mientras al fondo de la sala casi desierta veía alejarse la figura del tregio.

El dueño del local y su mujer andaban recogiendo vasos y jarras, y pasando la bayeta por mesas y bancos. Adreano les hizo una seña deseoso de tomar un último trago. Al cabo de un instante, mientras apuraba su khav, sin licor esta vez, para que se le aclararan las ideas, cayó en la cuenta de que ni siquiera le había preguntado al músico cómo se llamaba.

Devin tenía mal día.

Al cumplir los diecinueve años casi había logrado reconciliarse al fin con su corta estatura y con el rostro lampiño y aniñado que la Tríada había tenido a bien concederle. Hacía ya mucho tiempo que había abandonado la costumbre de colgarse de los árboles boca abajo en los bosques que circundaban la granja de sus padres, perdida en un rincón ignorado de Ásoli, con la vana esperanza de estirar de aquel modo tan peregrino su esqueleto y ganar en altura.

La claridad de su memoria había constituido desde siempre para él fuente de orgullo y placer a la vez, aunque, eso sí, no podía decir lo mismo de algunos de los recuerdos que dicha facultad lograba reavivar. La verdad es que le habría encantado poder olvidar la tarde aquella en la que los gemelos le sorprendieron colgado boca abajo de una encina cuando regresaban de una montería con sendos haces de retama al hombro. Pese a los seis años transcurridos desde aquella fecha, aún le escocía el hecho de que sus hermanos, tan lerdos por lo general a la hora de entender las cosas, se hubieran dado cuenta inmediata de cuál era su propósito al adoptar aquella postura tan incómoda.

—¡Nosotros te ayudaremos, renacuajo! —había exclamado Povar con regocijo.

Y, antes de que pudiera enderezarse y salir huyendo, Nico le había agarrado por los brazos y Povar por los pies, y cada uno había tirado de sus pobres miembros sin dejar de lanzar sonoras risotadas, debido, entre otras cosas, a la amplitud y la precocidad del vocabulario obsceno que salía de los labios de su hermanito.

Pues bien, aquella había sido la última ocasión en que había intentado hacerse más alto de lo que era. Esa misma noche, mientras los gemelos roncaban desafortadamente, Devin se deslizó en su cuarto y rebozó a los gigantones con el contenido de un cubo de excrementos previamente recogidos en la pocilga. Salió corriendo a toda prisa, como había hecho Adaón en sus montañas, y, para cuando sus hermanos reaccionaron, ya había él cruzado el patio y traspasado la cerca. Los berridos de los gemelos se oían a la legua.

Tardó dos días en regresar a casa. Cuando lo hizo, dispuesto a recibir una paliza de su padre, daba ya por sentado que lo primero que tendría que hacer sería lavar las sábanas de sus hermanos, pero curiosamente Povar se había encargado de hacerlo en su ausencia. Para mayor sorpresa, los gemelos, haciendo gala de su buen carácter, habían olvidado el incidente.

Devin, en cambio, dotado para bien o para mal de una memoria semejante a la de Eanna, la de los Nombres, no olvidaba nunca nada. Por mucho que los gemelos no fueran capaces de guardar rencor a nadie, la verdad era que ello no disminuía la sensación de soledad que Devin tenía en aquella granja perdida en la marisma. Poco después de aquella peripecia, abandonó su hogar y entró de aprendiz de cantante con Ménico di Ferraut, cuya compañía pasaba por el norte de Ásoli cada dos o tres primaveras.

Desde entonces no había vuelto a pisar su casa natal, a pesar de haberse tomado una semana de permiso durante la gira que la compañía había realizado por el norte tres años atrás, y de nuevo la primavera pasada. No era que lo hubiesen maltratado en la granja, no; sencillamente, era que aquel ambiente no era para él. Los cuatro lo sabían. Las labores agrícolas no eran en Ásoli cosa de broma. El trabajo resultaba a veces insoportable debido a la constante lucha que habían de sostener los campesinos contra los embates del mar, y a la monotonía gris, casi angustiada, de los días siempre iguales. Todo para luego obtener, por toda recompensa, un pedazo de tierra insalubre.

De haber vivido su madre, tal vez las cosas habrían sido distintas. Pero la granja de Ásoli en la que Garin di Corte la Baja se había instalado con sus tres hijos era un lugar tristísimo, donde no había ni sombra de presencia femenina, circunstancia que acaso resultara soportable para los gemelos —ellos se tenían el uno al otro—, o incluso para el tipo de persona en la que había acabado convirtiéndose su padre en aquellos parajes desolados. Pero para un jovencillo rápido e imaginativo, por muy corta que fuera su estatura, cuyas dotes, si es que alguna tenía, no eran precisamente las de un agricultor, aquel lugar no suponía ninguna fuente de inspiración ni de tiernos recuerdos.

Cuando Ménico di Ferraut hizo saber a la familia que la voz del pequeño estaba hecha para cantar algo mejor que unas cuantas baladas populares, todos sus miembros sintieron una especie de alivio. Y, así, una mañana de primavera le dijeron adiós a la puerta de la casa, bajo la consabida lluvia diaria. Su padre y Nico volvieron de inmediato a sus quehaceres, pues era necesario comprobar la altura que alcanzaban las aguas del río, casi sin acabar de despedirse. Povar, en cambio, se entretuvo algo más y hasta dio unas palmadas en el hombro a aquel hermanillo suyo tan raro, mientras decía torpemente:

—Si no te tratan bien, siempre puedes volver con nosotros, Dev. Sitio tenemos.

El muchacho recordaba ambas cosas: los golpecillos en el hombro, que por acumulación de sentimientos no expresados durante años habían acumulado una carga afectiva mayor de la habitual en un gesto semejante, y las torpes y breves palabras que lo siguieron. Realmente guardaba memoria de todo, excepto de su madre y de los días vividos en Corte la Baja. Pero la pobre mujer había muerto cuando él tenía menos de dos años, a raíz de las luchas que habían tenido lugar en la región, y, un mes escaso después de la desgracia, Garin decidió emigrar al norte con sus tres retoños.

A partir de ahí conservaba recuerdos prácticamente de todo lo sucedido.

Eso sí, de haberle tirado el juego —vicio que no le afectaba, desde luego, dada la impronta que Ásoli y sus constantes preocupaciones por el día de mañana habían dejado en su ánimo—, de buena gana habría apostado un claro o hasta un astino a que no podía recordar haberse sentido tan frustrado como aquel día en todos los años que llevaba rodando por el mundo. Al menos, en honor a la verdad, desde la época en que pensaba que no iba a poder crecer nunca.

¿Qué tenía que hacer un hombre, se preguntaba Devin d'Ásoli con desesperación, para tomarse tranquilamente una copa en Astíbar? ¡Y eso que era la víspera de las fiestas!

De hecho, su problema le habría parecido ridículo a cualquiera, si no fuera por lo exasperante que llegaba a resultar. Como enseguida pudo cerciorarse en la primera taberna en la que se negaron a servirle la botella de vino verde de Senzio que solicitaba, los causantes de su disgusto eran los sacerdotes de Eanna. ¡Menuda pandilla de aguafiestas! La diosa, pensaba Devin lleno de furia, merecía algo mejor de sus servidores.

El año anterior, y siempre, al parecer, debido a la interminable lucha que sostenían con los cleros de Adaón y Moriana por alcanzar mayor ascendiente sobre las capas altas de la sociedad, los sacerdotes de Eanna habían convencido al consejo de ministros del tirano —lo de consejo era un decir— de que el libertinaje estaba haciendo estragos en la juventud de Astíbar. Y, lo que era más importante, aquel libertinaje podía dar lugar a graves tumultos. Por consiguiente, y teniendo en cuenta que eran las tabernas y salones de khav los lugares en los que más pie se daba a dicho libertinaje...

Alberico no tardó ni quince días en promulgar una ley que o prohibía expender en Astíbar bebidas alcohólicas a los menores de diecisiete años.

Los rancios sacerdotes de Eanna celebraron —vaya a saberse qué curioso tipo de ascética celebración sería la que hicieran— el ridículo triunfo conseguido sobre sus compañeros del templo de Moriana y las elegantes sacerdotisas del dios, pues con estas dos deidades se hallaban asociadas las pasiones más turbias, y por tanto también la de la bebida.

Los taberneros estaban que trinaban, pero guardaban silencio (en Astíbar resultaba imposible manifestar a las claras el descontento, por hondo que fuera), no tanto por el descenso en las ventas que suponía la medida, sino por la insidiosa forma en que había sido puesta en vigor. En una palabra, la dichosa ley obligaba al dueño del local, la taberna, mesón o salón de khav, a verificar la edad de sus clientes antes de servirles. Por otra parte, si alguno de los omnipresentes esbirros de Barbadior se colaba repentinamente en un establecimiento y se le antojaba, aunque fuera arbitrariamente, que un determinado cliente tenía cara de ser demasiado joven... En fin, que la taberna en cuestión era cerrada por espacio de un mes y su dueño arrestado por ese mismo período.

Ello hacía, por tanto, que los menores de dieciséis años quedaran en Astíbar automáticamente excluidos de la fiesta y la jarana. Y lo mismo que ellos, por desgracia, según tuvo ocasión de ir comprobando durante toda la mañana, cierto cantor de Ásoli, de corta estatura y rostro aniñado, pese a tener cumplidos ya los diecinueve.

Después de que lo hubieron echado con cajas destempladas de tres locales situados en la parte derecha de la calle de los Templos, Devin tuvo por un instante la tentación de cruzar de acera y dirigirse a la capilla de Moriana dispuesto a fingir un trance místico a su puerta. ¡A ver si le daban una copita de vino verde de Senzio para que se le pasara! Otra de las ideas, todas a cual más peregrina, que se le pasaron por la cabeza, fue meterse por una ventana en el templo de Eanna y comprobar si alguno de aquellos imbéciles eunucos que lo cuidaban era capaz de cogerlo corriendo detrás de él.

Rechazó la ocurrencia, tanto por devoción a la diosa de los Nombres, como por la opresiva presencia de los esbirros barbadios, armados hasta los dientes, cuya presencia se hacía notar de una forma opresiva por las calles de la ciudad. Podían verse mercenarios

barbadios en todos los rincones de la Palma Oriental, pero en ningún sitio resultaba su presencia tan inquietante como en Astíbar, donde se había instalado el propio Alberico.

Al final, deseoso de ingerir cualquier cosa que lo atontara un poco, Devin torció a la izquierda, en dirección al puerto, buscando el callejón de las Tenerías, sin más guía que la de su olfato, que, por desgracia, aún le funcionaba de maravilla. Una vez allí, a punto casi de perder el sentido debido a los efluvios hediondos que salían de los talleres de los curtidores, más penetrantes aún que los que despedía el mar, consiguió que le sirvieran una botella de vino verde, sin que nadie le viniera con preguntas inoportunas, en una taberna llamada El Pájaro Verde. El dueño del establecimiento era un sujeto amojamado, cuya vista no era probablemente la más indicada para percibir a la perfección todo lo que ocurría en la penumbra de su garito, angosto y carente por completo de ventanas.

Hasta aquel antro maloliente estaba lleno a rebosar. Toda Astíbar estaba atestada de gente debido a las Fiestas de la Vendimia, que habían de comenzar al día siguiente. La cosecha había sido buenísima en todas partes menos en Certando, y hasta en los lugares más inopinados aparecía alguien con los bolsillos llenos de astinos o de claros, dispuesto a derrochar su dinero.

Naturalmente, en El Pájaro Verde no había ni una sola mesa libre. Devin se apostó en un rincón de la sala, justo donde el mostrador de madera embreada se empotraba en la pared, y tomó ansiosamente un sorbo de su botella de vino; aguado, sí, pero no en exceso, concluyó.

Una vez saciada su sed, dispuso su ánimo para elaborar una larga disquisición en torno a la perfidia de las mujeres y a lo absurdo de su carácter, disquisición personificada concretamente en la actitud mostrada durante los últimos días por su compañera Catriana d'Astíbar.

Según sus cálculos, aún tenía tiempo hasta la hora del ensayo de la tarde, el último antes de la actuación prevista para el día siguiente en la mansión que poseía en la ciudad un pequeño vinatero de la región. Podía, por consiguiente, reflexionar sin prisas sobre aquel asunto que tanto le interesaba ante una buena botella de vino, y presentarse después completamente sobrio en los ensayos. Al fin y al cabo era un profesional, se dijo indignado. Mejor dicho, todo un socio de la compañía. Se conocía al dedillo toda la rutina que acompañaba a las actuaciones. Ménico había convocado aquellos ensayos extraordinarios con el único fin de ayudar a los tres nuevos integrantes del grupo.

Entre ellos, a la antipática aquella de Catriana. Precisamente ella era la culpable de que hubiera abandonado precipitadamente el ensayo de la mañana, antes incluso de que Ménico lo diera por finalizado. Adaón santo, ¿cómo habría tenido que reaccionar ante las palabras que se había atrevido a espetarle en presencia de todos los compañeros aquella novata que pretendía saber cantar mejor que nadie? Y eso que se había mostrado amabilísimo con ella desde el primer momento, cuando la noche antes había sido admitida en el grupo.

La memoria, que pesaba sobre él como una maldición, le hizo revivir el momento en que los nueve integrantes de la compañía se habían reunido en la sala de ensayos, alquilada en la fonda con ese único fin. Los cuatro músicos, las dos bailarinas, Ménico, Catriana y él. Estaban interpretando la *Canción de amor* de Rauder, pieza que probablemente les pediría que cantaran la mujer del vinatero. Devin la llevaba en su repertorio desde hacía seis años y se sentía capaz de interpretarla incluso dormido.

Bueno, sí, quizá estuviera ya un poco harto, quizá se había distraído un poco y se acercara más de lo necesario a su nueva compañera, la pelirroja aquella, con una sombra de insinuación en la expresión de su rostro y en su voz, pero, a pesar de todo, no había habido para tanto...

—Por la santísima Tríada, Devin —había saltado de pronto Catriana d’Astíbar, interrumpiendo bruscamente el ensayo—, ¿podrías dejar de pensar un poco con la entrepierna y acompasarte a los demás? ¡Tampoco es tan difícil lo que estamos cantando!

Su rostro blanco y lampiño cambió repentinamente de color, poniéndose como la grana. Hasta Ménico —¡lo había visto con sus propios ojos!— se había echado a reír, en lugar de tener el detalle de reñir a aquella descarada por su intemperancia, y su rostro se había puesto más rojo que el suyo propio. Igual que el resto de la compañía, desde el primero hasta el último.

Incapaz de darle la contestación que se merecía, por no comprometer más su dignidad, que bastante malparada había quedado ya, había reprimido su impulso y, en vez de darle una bofetada por deslenguada, había dado media vuelta y se había largado. Al marcharse había lanzado una mirada de reproche a Ménico, desde luego, pero de poco le había servido: la barriga del director de la compañía se meneaba lo mismo que un globo al compás de sus carcajadas, mientras su rostro congestionado y barbudo se desencajaba de la risa.

Ese era el motivo de que el pobre muchacho llevara la mañana entera buscando por toda la ciudad una botella de vino verde de Senzio y un rincón donde bebérsela tranquilamente. Tras encontrar el preciado licor, envuelto en la penumbra aquella de la taberna, esperaba que al fin se le ocurriera, una vez trasegado el contenido de media botella, la respuesta que debía dar a aquella pelirroja sinvergüenza en cuanto le pusiera la vista encima en los ensayos.

Ojalá no fuera tan alta, pensó. Volvió a llenar su copa lentamente. Por un instante, al fijar sus ojos en las vigas de madera oscura que adornaban el techo del local, se vio a sí mismo colgado de una de ellas. ¡Boca abajo, naturalmente! ¡Malditos recuerdos!

—¿Puedo invitarte a un trago? —oyó decir a alguien a su lado. Devin suspiró y dio media vuelta dispuesto a enfrentarse a uno de los riesgos más naturales que acarrea el irse solo a tomar una copa en una taberna de marineros. Y más cuando se es bajito y se tiene cara de adolescente.

Sin embargo, no tardó en sentirse tranquilo. El entrometido era un hombre de mediana edad, vestido discretamente. Tenía el pelo canoso y en torno a los ojos unas arrugas que indicaban las largas horas dedicadas a las cavilaciones, a menos que fueran señal de su afición a reírse de todas las cosas.

—Muchas gracias —contestó el chico—, pero aún me queda más de media botella. Además, prefiero tener a una mujer a mi lado, que ser tomado como tal por un marinero cualquiera. Por si no lo sabe, soy mayor de lo que aparento.

Su interlocutor se echó a reír estrepitosamente.

—En tal caso —replicó con aire divertido—, invítame tú a mí, si lo prefieres, mientras te hablo de las dos hijas que tengo en edad de merecer, y de las otras dos que estarán en las mismas condiciones antes de que quiera darme cuenta. Me llamo Rovigo d’Astíbar y soy el patrón de *La Sirena de los Mares*. Aquí me tienes, recién desembarcado, después de recorrer todas las costas de Tregoa.

Devin correspondió con una sonrisa y alargó el brazo para coger otro vaso del mostrador, pues el local estaba demasiado lleno de gente como para intentar atraer hacia sí la cansina mirada del propietario y conseguir que le sirviera como era debido. Además, tenía sus razones para no querer llamar demasiado la atención.

—Será un placer compartir la botella contigo —respondió—, aunque no creo que a tu esposa le guste mucho que cantes las alabanzas de tus hijas ante un humilde músico ambulante como yo.

—Mi esposa —replicó Rovigo sonriente— se daría con un canto en los dientes si consiguiera colocarle la mayor aunque fuera a un pastor de Certando.

Devin hizo una mueca de sorpresa.

—¿Tan mal están las cosas? —murmuró el joven—. Bueno, en fin, siempre podemos brindar una vez más por haber vuelto con bien de Tregia y encima justo a tiempo de celebrar las fiestas. Soy Devin d'Ásoli bar Garin. A tu disposición.

—Lo mismo digo, Devin, amigo. Sí, ya sé que eres mayor de lo que aparentas, pero te habrá costado lo tuyo encontrar donde te sirvieran una copa de vino, ¿no? —preguntó Rovigo haciendo gala de su gran perspicacia.

—Morianas de las Puertas no puede conocer tantos umbrales como llevo yo ya cruzados esta mañana. ¡Y de todas partes he salido tan seco como había entrado! —Devin aspiró a disgusto el aire enrarecido del establecimiento. Pese a los olores que despedía la multitud hacinada en él, y aunque la estancia carecía de ventanas, el hedor a pieles curtidas que dominaba el barrio entero se hacía sentir por desgracia incluso allí dentro—. Nunca se me habría ocurrido venir a semejante sitio por las buenas. ¡Ni por las malas, vaya! —añadió.

Rovigo esbozó una sonrisa.

—¡Naturalmente! ¿Te parecerá absurdo si te digo que, en cuanto atracó mi nave en el muelle, es aquí a donde me dirijo siempre antes de nada? No sé, pero este olor me dice que estoy en tierra; vamos, que estoy de vuelta.

—¿No te gusta el mar?

—Tengo el firme convencimiento de que quienes aseguran que les gusta el mar mienten como bellacos. O tienen deudas en tierra o están casados con una bruja de la que quieren escapar... —Se interrumpió fingiendo que de pronto se le había ocurrido algo ingenioso—. Ahora que lo pienso... —añadió exagerando el tono reflexivo de sus palabras. E inmediatamente hizo un guiño de complicidad.

Devin se echó a reír y volvió a llenar los vasos.

—¿Entonces tú por qué navegas?

—El comercio está bien —contestó Rovigo con franqueza—. *La Sirena* es una embarcación pequeña, capaz de meterse en los puertos más escondidos del sur, o de adentrarse en las aguas septentrionales de Senzio o Ferraut, a las que nunca se les ocurre llegar a otros mercantes más grandes. Es además lo bastante rápida para que valga la pena bajar incluso más allá de los montes de Quilea. Naturalmente, a una embarcación como la mía no le afecta el embargo comercial al que está sometido ese país. Por otra parte, si tienes contactos en algún pueblecito lo bastante apartado y no te preocupas demasiado por los grandes negocios, no corres riesgos y siempre puedes sacar algún beneficio. Por ejemplo, yo compro aquí especias de Barbador o seda del norte, y la llevo hasta los puertos de Quilea, donde a nadie se le ocurriría que pudieran llegar tales productos. A cambio, cargo allí alfombras o tallas en madera, alpargatas, navajas

engastadas de piedras preciosas... A veces incluso alguno que otro barril de buinath que vendo luego aquí por las tabernas. En fin, cargo con cualquier cosa que consiga a buen precio. Como no puedo hacer grandes cargamentos, he de mirar bien los márgenes de beneficio que puedo sacar. Sea como sea, gano lo suficiente para ir tirando, gracias a que los seguros son bajos y a la protección de Adaón de las Olas. Antes de retirarme a casa pienso ir al templo a dar al dios las gracias por la travesía.

—¡Dáselas aquí primero, hombre! —dijo Devin sonriendo—. ¡Por supuesto!

Chocaron sus copas una vez más. Devin las volvió a llenar.

—¿Qué se cuenta por Quilea? —preguntó.

—En realidad, allí es donde he estado todo el tiempo —respondió Rovigo—. Tregua no ha sido más que una etapa intermedia en el viaje de regreso. Efectivamente, hay muchas noticias. Mario ha vuelto a ganar este año el combate del Encinar.

—Sí, ya he oído decir algo de eso —comentó Devin y sacudió la cabeza como admirándose de la proeza—. ¡Y eso que está tullido y debe de tener más de cincuenta años! ¿Qué lleva ya?, seis veces seguidas, ¿no?

—Siete —precisó Rovigo fríamente.

Se interrumpió un instante esperando alguna reacción de su interlocutor.

—Perdona —inquirió el chico—. ¿Tiene algo de particular?

—A Mario debió de parecerle que sí que lo tenía. Acaba de proclamar la abolición del desafío del Encinar. El número siete ha quedado consagrado para siempre. Según ha hecho saber, la Diosa Madre ha manifestado públicamente cuál es su voluntad al permitirle salir victorioso una vez más. Mario se ha nombrado rey de Quilea y ha dejado de ser el consorte de la suma sacerdotisa.

—¿Cómo? —exclamó Devin elevando tanto la voz que algunas personas volvieron la cabeza sorprendidas—. ¿Que se ha nombrado...? —añadió bajando el tono—. ¡Un varón...! ¡Pero si yo creía que allí tenían un régimen matriarcal!

—Eso creía también la suma sacerdotisa, que en paz descanse —replicó Rovigo.

Acostumbrados a recorrer la península de la Palma de extremo a extremo, desde la aldea perdida en las montañas más abruptas a los castillos y mansiones más recónditos, los músicos no podían por menos que estar al corriente de las noticias más diversas y del chismorreo que suele acompañar a los grandes acontecimientos. Pese a lo corto de su experiencia, las conversaciones de las que Devin había sido testigo no habían constituido hasta la fecha sino una forma más de pasar las frías noches de invierno en la lúgubre Certando, o un mero intento de causar sensación entre los caminantes refiriendo en cualquier mesón de Corte los rumores concernientes a la creación de un partido pro barbadio en las provincias de Ygrath.

Devin había llegado, por tanto, a una conclusión: para él todo aquello no era más que pura palabrería. Los dos hechiceros procedentes de ultramar, uno de oriente y de occidente el otro, que ahora regían la Palma, se habían repartido equitativamente la península entre ambos, dejando únicamente a Senzio, víctima de la más lamentable decadencia, en una situación de continuo sobresalto. Aunque formalmente no había sido ocupada por ninguna de las dos potencias, la provincia permanecía en un estado de constante intranquilidad, sin saber en qué momento ni por qué lado podría venirle la hora de la claudicación. Su gobernador se veía totalmente incapaz de decidir por cuál de los dos lobos iba a dejarse devorar, mientras que estos, por su parte, llevaban casi veinte años acechándose mutuamente, sin atreverse ninguno a dar el primer paso.

Devin tenía la sensación de que el equilibrio de fuerzas existente en la península estaba firmemente grabado en la piedra desde tiempo inmemorial, al menos desde que él tenía uso de razón. Hasta que no muriera uno de los dos brujos —y según se decía, los hechiceros eran de una longevidad increíble—, las cosas no podían pasar de ser más que pura materia de conversación, lo mismo en los salones de khav más modestos que en los salones de los ricos.

Quilea, en cambio, era otra cosa. Algo cuya definición excedía los límites de su experiencia. Devin ni siquiera era capaz de imaginar las consecuencias que podía tener la medida adoptada recientemente por Mario en aquel extraño país, situado al sur de las montañas; a qué podía dar lugar el hecho de que Quilea dejara de tener un rey transitorio, obligado a acudir cada dos años al Encinar para, desnudo y herido conforme a un curioso ritual, enfrentarse sin armas al rival elegido para matarlo con una espada y ocupar su lugar. Mario, sin embargo, no había muerto. En siete ocasiones había conseguido salir con vida de aquel combate inicuo.

Y encima había muerto la suma sacerdotisa. Por otra parte, la forma que había tenido Rovigo de darle la noticia daba mucho que pensar. Devin movió la cabeza dejando traslucir su inquietud.

Al levantar la vista, sin embargo, se sorprendió de la extraña mirada que le dirigía su nuevo amigo.

—Eres un joven muy reflexivo, ¿no? —comentó el mercader.

El músico se encogió de hombros percatándose súbitamente de su situación.

—¿Y qué remedio me queda? En fin, no sé. Desde luego, no es que entienda mucho, pero no oye uno noticias como esta todos los días. ¿Qué crees tú que puede significar?

Su pregunta quedó sin respuesta. El tabernero, que se las había apañado divinamente hasta ese momento para no ver los insistentes gestos de Rovigo solicitándole una botella más, se precipitó de pronto hasta el extremo del mostrador en el que se hallaban. Pese a la oscuridad reinante en el local, en sus facciones podía leerse la cólera que lo poseía.

—¡Eh, tú! ¿Te llamas Devin? —exclamó.

El joven asintió con aire desconcertado. La mirada del mesonero se volvía asesina por momentos.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. Tu hermana está esperándote ahí fuera. ¡La Tríada os confunda! Según dice, trae órdenes de tu padre de que te vuelvas inmediatamente a casa y asegura (¡Moriana acabe con todos vosotros!) que piensa denunciarme por servir alcohol a un menor de edad. ¡Gusano asqueroso, ya te enseñaré yo a ponerme en evidencia de esa manera! ¡Como que por poco me cierran el negocio la víspera de la fiesta!

Antes de que quisiera darse cuenta, sobre el rostro de Devin aterrizó una jarra llena de vino negro medio echado a perder, que exhalaba un hedor nauseabundo. Llevándose las manos a los ojos, que le escocían terriblemente, el muchacho se tambaleó, y a punto estuvo de caerse, mientras profería mil juramentos. Cuando por fin recuperó la vista, el espectáculo que contemplaron sus ojos no podía ser más singular.

Pese a no ser especialmente corpulento, Rovigo había corrido al mostrador y había agarrado al tabernero por la solapa de su camisa pringosa. Sin hacer apenas esfuerzo, lo había medio sacado de detrás de la barra, mientras el hombre pataleaba intentando apoyarse de nuevo en el suelo. El cuello de su vestidura estaba ya tan retorcido y atenazaba de tal modo su garganta, que el tipejo tenía el rostro como la grana.

—Goro, no me gusta que insulten a mis amigos, ¿te enteras? —decía mientras tanto Rovigo sin alterar lo más mínimo el tono de su voz—. El padre del chaval no vive aquí y dudo mucho que tenga hermanas —añadió guiñando un ojo a Devin, que se apresuró a confirmar sus palabras con vehemencia.

»Como te iba diciendo —prosiguió el mercader sin que su respiración denotase el esfuerzo que estaba realizando—, no tiene ninguna hermana en la ciudad. Y, como puedes ver, no es menor de edad. Hasta un miserable tabernero se daría cuenta de ello, a menos que se haya puesto ciego a vinazo. Así que venga, Goro, a ver si haces que se me pase el enfado pidiéndole perdón por tu brusquedad a Devin d'Ásoli, mi nuevo amigo, y regalándole un par de botellas de tinto de Certando en prueba de tu sincero arrepentimiento. A cambio, quizá me deje convencer y te venda un barril de buinath de Quilea, y eso que me quedan ya muy pocos en la bodega de *La Sirena*. A un precio razonable, por supuesto, teniendo en cuenta todo lo que puedes ganar con semejante gollería en estos días de fiesta.

El rostro amaratado de Goro empezaba ya a mostrar unos tintes verdaderamente peligrosos. Cuando Devin estaba a punto de interceder en su favor, el tabernero logró hacer un gesto convulso de asentimiento, y Rovigo aflojó un poco la presión de sus dedos. Goro aspiró una bocanada del fétido aire reinante en su establecimiento, como si del perfume de las flores de Chiara se tratase, y farfulló unas palabras de disculpa.